

OH, MÁS DURA QUE *PASSWORD* A MIS QUEJAS

FERNANDO IWASAKI

Uno

Cuando Umberto Eco publicó *Apocalípticos e Integrados* (1965), la informática y la tecnología digital eran rudimentos tan primitivos que nunca pudo imaginar que medio siglo más tarde, entre ambas trincheras deambularíamos como Fabrizzio del Dongo los «discontinuados»; individuos arcaicos, inútiles y vetustos que ni estamos a favor de la máquina de escribir ni en contra del Google Docs Online, aunque a duras penas aprendimos a usar el Word Perfect 5.1. Los «discontinuados» queremos integrarnos, pero cada actualización la vivimos como un apocalipsis porque la última versión de cualquier programa siempre nos sorprende tratando de aprender la trasantepenúltima.

Dos

Procuro leer todo lo que puedo acerca del presunto cambio de paradigma cultural que conlleva la hegemonía de los recursos digitales, porque admito que simpatizo con muchos de los argumentos expuestos por Jordi Llovet en *Adiós a la universidad* (2011), por Javier Marías en *Lección pasada de moda* (2012) o por Mario Vargas Llosa en *La civilización del espectáculo* (2012). Sin embargo, como también se me antojan convincentes las razones de Eloy Fernández Porta en *Hamo Sampler. Tiempo y consumo en la Era Afterpop* (2008), de Jordi Gracia en *El intelectual melancólico* (2011) o de Daniel Cassany en su *En línea. Leer y escribir en la red* (2012), ya no sé quiénes son más apocalípticos que otros, pues advierto un regodeo cachito sádico a la hora de certificar la defunción del papel, las librerías, las bibliotecas y el acto mismo de escribir cualquier línea que no sea «en línea», oxímoron tan curioso como «bomba inteligente» o «carpintería metálica».

Tres

Si fuera cierto que la red, las nuevas tecnologías y los recursos digitales que el ciberespacio pone a disposición de los usuarios están cambiando nuestra forma de leer y escribir, nuestra manera de almacenar y memorizar información, nuestro concepto de los derechos de propiedad y hasta nuestra relación con los objetos físicos y tangibles del mundo material, me pregunto si podríamos extrapolar nuestros temores y entusiasmos lingüísticos a otras esferas de la vida cotidiana con los mismos resultados.

A nivel hipotecario constato que es verdad, porque el espacio que creía que era mi casa en realidad le pertenece al banco, ya que nunca tuve virtualmente en mis manos el dinero real con el que pensaba que la había adquirido. Pero la economía no es un ejemplo seguro, porque ni los expertos las tienen todas consigo a la hora de explicar por qué sube la prima de riesgo, qué cosa es un tipo de interés y cómo trabaja una agencia de calificación. No, para que el personal comprenda en qué consiste el cambio de paradigma, deberíamos preguntarnos si las TIC van a cambiar nuestra forma de ligar e incluso de hacer el amor.

Cuatro

El sexo es el segundo asunto que más nos preocupa, pues —como todo el mundo sabe— el fútbol se encuentra en primerísimo lugar. Qué trascendente será el fútbol, que allí los buenos son los apocalípticos y los villanos los integrados, partidarios de corromper la naturaleza viril y espectacular del balompié incorporando cámaras «ojo de halcón», microchips en las pelotas, champús con sensores de ADN capilar y células fotoeléctricas en las camisetas.

Todas esas modernidades alterarían la esencia de la competición, aseguran los apocalípticos balompédicos, porque el fútbol es contacto, polémica y compensación. Pero el sexo también acapara buena parte de nuestras energías, pensamientos y espacios publicitarios, como podría comprobarlo cualquiera que revise los carísimos anuncios que salen todos los días en las primeras planas de los principales periódicos españoles, donde podemos leer: «Sexo es vida», «Reconquista tu vida sexual» o el más explícito: «¿Problemas de eyacuación precoz?». ¿Quién no ha oído en los programas de máxima audiencia de la radio aquel *slogan* que los parados deberían repetir como si fuera un mantra? «Si tu vida sexual va bien, ¡lo demás no importa!». Creo que para que todo el mundo pueda tener una vida sexual plena y potente urge un cambio de paradigma que incorpore las nuevas tecnologías, pues lo que *natura* no da ningún MedicalGroup lo presta y más vale tener un montón de sexo con TICs que nada de sexo y un montón de tics.

Cinco

Si yo hubiera nacido en esta era de internet, *webcams* y redes sociales jamás habría escrito mi novela *Libro de mal amor*, porque cuando uno era joven sólo era posible ligar en directo y ahora las nuevas tecnologías te permiten ligar en *karaoke*, diferido, *play-*

back o videoclip. Las chicas de mi época se horrorizaban nada más enterarse que me gustaban, mientras que a las chicas de hoy les encanta que les estampen un «me gusta» debajo de cada foto del muro de su Facebook. Ahora hasta los tímidos, tartamudos y vergonzosos lo tienen más sencillo, porque les basta con enviar a través del móvil o del e-mail un emoticono colorado, un emoticono sonriente o un emoticono picarón. Si yo le hubiera mandado una lenteja guiñando un ojo a cualquier chica de los 70, seguro se habría quitado un peso de encima negándome el saludo.

Seis

Los apocalípticos sexuales harían una cerrada defensa del restregamiento corporal, del placer como chapoteo líquido, del erotismo como «ciencia fricción», del 69 como número primo y del polvo serrano como *coito ergo sum*; mientras que los integrados harían una apología del sexo limpio exonerado de pelos, pringues y olores; del sexo sano a salvo de gérmenes, bacilos y bacterias; del sexo a la carta rico en avatares, replicantes y hologramas; y del sexo libre sin compromisos, sin *attachments* embarazosos y especialmente sin sobrecamas, que vienen a ser algo así como las sobremesas, pero encima de otro mueble. En aquel futuro más que probable, follar con los genitales será tan anticuado como leer las páginas — ¡perdón!— las páginas de un libro, y tener sexo *online* será tan *high tech* que todo el mundo nos dará por *cool*. Como se puede apreciar, el fin del libro genital contemporáneo es tan inexorable como el triunfo del sexo digital que nos aguarda, aunque ahora mismo no sea igual hacerlo por YouTube que hacerlo por *your tube*.

Siete

El futuro de la escritura en español no puede romper con el pasado de la escritura en español. Así, la primera acepción de «genital» —del latín *genitalis*— en el *Diccionario de Autoridades* (1732) era “Lo que sirve para la generación”, definición que ha llegado tal cual hasta nuestros días.

¿Habrá algo más propicio que los libros para la generación? Pienso en la Biblia, en la epopeya de Gilgamesh o en los poemas homéricos, y creo que no exagero si aseguro que el código genético de toda la literatura universal ya estaba encriptado en aquellos libros primordiales y venerables. Por lo tanto, bastaría una sola línea generatriz para demostrar la naturaleza genital de los libros, partiendo de Homero y terminando en Borges, pasando por Virgilio, Dante, Montaigne, Cervantes, Shakespeare, Swedenborg,

Baudelaire, Conrad, Kafka y Joyce. Los genitales por excelencia son los libros y encima es un placer tenerlos cuadrados. Por el contrario, la evolución de la palabra «digital» sí que ha sido más azarosa, pues aunque la RAE le atribuye hoy hasta cuatro significados, entre 1843 y 1899 únicamente admitía como tal a una hierba de la familia de las escrofulariáceas. En realidad, sólo a partir de la edición de 1914 del DRAE, la voz «digital» —del latín *digitalis*— quedó definida como “Perteneiente o relativo a los dedos”, manteniéndose así hasta la vigésimo segunda edición del año 2001. No quiero ser aguafiestas, pero ateniéndonos a la norma el «sexo digital» no supone ninguna modernidad, porque las prestaciones venéreas de los dedos fueron descubiertas —su nombre lo delata— por el *pitecantropus erectus*, aunque el diccionario no recoja ninguna frase que lo sugiera, como en los casos de esas expresiones que hablan de poner “el dedo en la llaga”, “el dedo en la frente”, “el dedo en la boca” o “el dedo en el culo”. ¿Por qué no existe una locución que precise otra locución? La Real Academia cree que nos chupamos el dedo.

Ocho

Alberto Manguel sugiere en *El sueño del Rey Rojo* (2012), que leer en una pantalla es como leer un pergamino medieval que vamos desenrollando hacia arriba o hacia abajo. En realidad, la novedad del libro electrónico debería correr por cuenta del lector creativo y humanista que desde los tiempos de San Agustín aprende, recuerda, inventa, registra, rechaza, sublima, subvierte y se maravilla mientras lee. Los lectores creativos se enriquecerán con las nuevas tecnologías, mientras que los lectores pasivos se aburrirán igual que con los mamotretos encuadernados. Manguel no duda de la compatibilidad del libro digital con el libro impreso de toda la vida. La verdad es que yo tampoco, aunque gracias a mi condición de «discontinuado» he aprendido que el Word 1997 sí es del todo incompatible con el Word 2010 y que para abrir un archivo *docx* hace falta un Word *ad hoc*.

Nueve

La vertiginosa esgrima del chat, la urgencia de responder la mensajería instantánea o la necesidad de instalar de inmediato la última versión del procesador de textos, no tendrían por qué influir ni en el continente ni en el contenido de la escritura, igual que los telegramas jamás engendraron nuevas formas [stop] de leer [stop] o de escribir

[stop]. Pero una cosa es el continente y el contenido, y otra muy distinta el incontinente y el contenido. Al comienzo de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), nada más llegar a París procedente de Buenos Aires, Julio citó a su amante junto a la Gare Saint-Lazare a través de una carta neumática. Siempre atento a las novedades de su tiempo, Blasco Ibáñez introdujo las cartas neumáticas en sus ficciones, aunque en España nadie hubiera oído hablar de ellas porque sólo existían en Londres y París. En efecto, aprovechando los túneles del metro, los servicios postales de Londres y París tejieron una red de tuberías por las que pequeños cilindros que contenían cartas urgentes y galantes volaban a 800 metros por minuto, propulsados por aire comprimido. Las criaturas de Proust concertaban sus citas pecaminosas a través de cartas neumáticas y en la red todavía se subastan cartas neumáticas eróticas de Rodin, Breton, Cocteau, Picasso y Modigliani, manuscritas con inextricable redacción, porque la urgencia sexual consiente palabras que la sintaxis no entiende y la gramática repudia.

Diez

Escribir en español en un mundo tecnológico —genital o digital— precisa las palabras, porque sin palabras no habría escritura ni sería en español. ¿Y cómo se escribe en la red? Daniel Cassany es rotundo al respecto: “Primero se dijo que la red había difuminado la frontera entre la escritura formal y el habla espontánea, pero lo que en realidad ha hecho es romper el monopolio que tenía hasta ahora la escritura normativa”¹.

Por supuesto que escribir según la norma —es decir, con ges, con qués, con eñes y con tildes— es una elección personal y que en teoría nadie nos obligaba a reemplazar las palabras por símbolos, ideogramas, emoticonos o jeroglíficos, hasta que empezó el ajetreo de los *passwords*, las contraseñas, las ipés y los nombres de usuario, por desgracia mucho más enrevesados que *De los nombres de Cristo* de fray Luis, porque el hebreo antiguo y el arameo bíblico se me antojan más inteligibles que el código alfanumérico que nos conminan a emplear los gestores de correo electrónico, las actualizaciones de los *smartphones*, las ediciones digitales de los antiguos periódicos, las tiendas de aplicaciones para teléfonos móviles y cualquier página chiquichanca con un par de webs. A mí me encantaba usar como *passwords* palabras expectoradas por la RAE, como abrazo, acercanza, churriana, deliñar, deliramento, garullo, intuïto, maridanza, mulier, pachucho, rosicler, tróspido, uñir o zaquizamí, pero desde que me piden *passwords* que incluyan mayúsculas, minúsculas, números y otros símbolos esotéricos, he comenzado a dudar de mi coeficiente intelectual.

1 Cassany, Daniel. *En línea. Leer y escribir en la red*. Anagrama: Barcelona, 2012, p. 55.

«Fernando_1961» con F mayúscula no me vale porque somos miles en el mundo de habla hispana e «Iwasaki_1961» con I mayúscula tampoco, porque en Japón llenaríamos un polideportivo. Pero es que en Brasil hay cinco «Fernandos Iwasakis» que me han dejado sin *password* en gmail, yahoo, eBay, el ID de Apple y el App World de Blackberry. Yo los he madrugado en Iberlibro.com, pero creo que no se han dado ni cuenta.

Once

En el habla coloquial se acepta que no hay que mezclar la velocidad con el tocino, mas en los ambientes digitales sí se confunde a menudo la velocidad con la prosodia. Las nuevas tecnologías son maravillosas, pero sin la creatividad humana no serían más que frías teclas alfanuméricas. En la égloga primera, Salicio se chamusca en el encendido fuego en que lo quema Galatea, pero en el mismo verso de su memorable lamento crepita el triunfo de su fantasía erótica, como demostraré ahorrando caracteres sin escribir mal y transformando el lenguaje sin traicionarlo:

Oh, más dura que mármol a mis quejas

¿O más dura que mármol a mis? Oooh,
más dura que mármol, ¿ah? Oooh...
más dura que mármol...
¡O más dura qué!

Oooh... ¡más dura!
Oooh... ¡más!
Oooh...